

UN ANTIGUO Y CURIOSO SISTEMA DE CONTABILIDAD EN LA HUERTA DE CARAVACA

NUEVA APORTACIÓN AL CONOCIMIENTO DE LA CULTURA DE LA CAÑA EN MURCIA

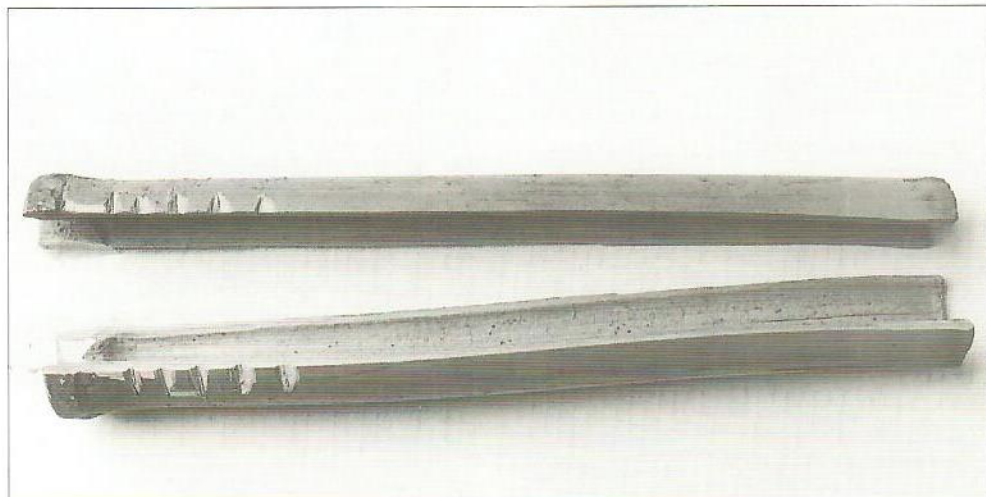
José Antonio Melgares Guerrero

Académico C. de las Reales Academias de la Historia y Alfonso X el Sabio

Entre las múltiples aplicaciones que en el Sureste Peninsular ha tenido la caña, a las que en otras ocasiones me he referido desde las páginas de *Cangilón* y en cuyo estudio etnográfico me ocupo, cabe en esta ocasión referirme a un sencillo y rudimentario sistema de contabilidad, usual hasta el ecuador de nuestro agónico siglo XX en la huerta y campo de Caravaca de la Cruz, en el Noroeste de Murcia y antiguo Territorio de las Órdenes Militares.

La venta aplazada es, en la región de Murcia y concretamente en la zona geográfica de la misma que nos ocupa, tan habitual como antigua. No es extraño, pues que sea necesario contar con un recordatorio que a vendedor y comprador actualizase los débitos a la hora de ir abonando cantidades hasta concluir el montante adeudado.

Como se sabe, las carencias culturales de la España Rural fueron muchas hasta la fecha refe-



La caña, partida en dos mitades, con las muescas marcadas con la hoz. 20 cms. de largo x 3 cms. de diámetro. Foto: Archivo del autor. Pieza propiedad de D. José María Jiménez «el Chavo» de Caravaca de la Cruz.

Uno de los últimos agricultores que lo emplearon es D. José María Jiménez, de Caravaca (apodado popular y cariñosamente “el Chavo”), dedicado hoy a labores muy diferentes a las relacionadas con la agricultura, quien recuerda con nitidez, y al detalle, el sencillo sistema al que me refiero, y a quien agradezco el conocimiento y pormenorizada explicación ofrecida en su día.

rida anteriormente, alcanzando el analfabetismo porcentajes entre la población que, a veces, superaban el 60-70 %, llegando a más en núcleos alejados de los centros urbanos. Evidentemente era a todas luces impensable la existencia de una contabilidad numérica o escrita que supliese las necesidades derivadas de las citadas carencias intelectuales. Compañera inseparable del analfa-

betismo y la incultura es la desconfianza, que reina como señora indiscutible en las zonas referidas, causando más de un estrago en la convivencia comunal.

El sistema contable a que me refiero surge como respuesta de un grupo social a las carencias mencionadas, utilizándose los medios que la naturaleza ofrece gratuitamente al hombre de la tierra, entre los cuales, y con mucha prodigalidad se encuentra la caña como planta originaria de la vegetación propia del lugar, en las márgenes húmedas de las corrientes de agua.

Cuando vendedor y comprador de un producto concluyen un trato y, evidentemente el pago es aplazado, sirve un trozo de caña, entre dos nudos de la misma, para que ambos lleven la cuenta del abono de los plazos, a manera de *libro de cuenta y debe*.

La caña ha de estar seca, pelada y tener cuerpo suficiente para no romperse. No ha de ser excesivamente larga (un palmo más o menos), para poder guardarla en el bolsillo de la chaqueta y hasta almacenarla en el domicilio si el acreedor tiene varios deudores.

El trozo de caña en cuestión se parte en dos mitades iguales para que cada uno guarde la suya. Cada vez que se hace una entrega de dinero (en céntimos o reales a lo sumo), se unen ambas partes cuidando su total coincidencia y, con una hoz de segar se marca una señal, a manera de muesca, que queda reflejada en las dos mitades por igual. Después cada cual se queda con su trozo de caña, volviendo a unirse cuando se estiple la próxima entrega (cada semana, generalmente), momento en que se repetirá la operación, efectuándose de nuevo tantas cuantas veces sea necesario hasta concluir la deuda. Uno y otro han de cuidar de no perder su parte, cosa que nunca ocurría pues el sistema cuenta con la honradez y el honor de deudor y adeudado como garantía del trato. Si los plazos fueran tantos que no diera de sí una caña, al terminar el espacio físico de la misma se prescindía de ella y se iniciaba en otra caña de similares características. Era, en este caso, como una nueva página en un virtual libro de contabilidad.

No era habitual que el acreedor tuviera varios deudores, pero si ello sucedía, se hacía preciso que la longitud de las cañas no fuera la misma, o hacer

una marca distintiva de las demás (a veces se marcaba interiormente el nombre, o "mote" de la persona en cuestión), así como disponer de un lugar donde guardar sus "cañas" (lugar que podríamos llamar "cañoteca").

No era problema, en todo caso, la coincidencia de longitud, pues lo verdaderamente importante era la coincidencia de las caras de la caña y las muescas hechas con la hoz u otro objeto cortante que, por hacerlas manualmente, nunca coincidían sino en la propia de cada cual.

Por la fragilidad del material utilizado es muy difícil encontrar ejemplares como los que describo, que eran destruidos por quienes los utilizaban, tan pronto acababa la deuda, en presencia de ambos. Su destrucción no se producía sólo por la inutilidad del objeto a partir de ese momento sino por el no siempre buen recuerdo que para uno y otro tenía, pues al vendedor recordaba atrasos, continuos recordatorios y demoras, y al comprador privaciones, urgencias, desasosiegos y, quizás, algún que otro insomnio.

Finalmente es preciso afirmar que las cantidades a entregar eran siempre las mismas para que el sistema de "muescas" marcadas en la "caña" funcionase. Si se fraccionaba una entrega se buscaba otro tipo de marca que diferenciase la tracción, la cual quedaba igualmente "marcada" en la caña, que era el patrón aceptado por las dos partes. En cuanto a las cantidades aplazadas éstas se convenían verbalmente a la hora del trato, y no era inusual que ello se hiciera en presencia de testigos.

A la caña siguió el *cuaderno de anotaciones* posterior, cuando comenzó a generalizarse el conocimiento de la lectura, la escritura y las "cuatro reglas", conocimientos básicos para no ser considerado analfabeto. Del uso del citado cuaderno y de las famosas frases: "*apúntame*", "*bórrame*" o "*ha dicho mi madre que la borres...*" ya sabe mucho la generación de los postreros años del siglo que ahora concluye. Posteriormente se han inventado el talón bancario, el pagaré, la tarjeta de crédito y un sinnúmero de sistemas que no son sino otras formas con las que hacer frente a unas mismas necesidades de pago aplazado que, por cierto, no han sido desplazadas del mundo comercial contemporáneo, por el momento.